

Jaume Funes
Carles Sedó

Usos de drogas: Realidades actuales y preocupaciones futuras

¿Todavía será necesario preocuparse del tema en el año 2000?

Después de tantos años, de tanta gente, hablando, escribiendo, vociferando, anatematizando... Después de tantas formas humanas e inhumanas de tratar, ayudar, curar a los toxicómanos... por lo menos los que escribimos este texto nos sentimos un poco asqueados, un poco cansados del tema. Nos da la impresión que si continuamos hablando y escribiendo quizás añadiremos más leña a un fuego que no compartimos, a una **guerra** en la que no hemos luchado.

Dado que está cerca la llegada del año 2000 (ya habrá llegado cuando se publique este artículo) podemos tener una buena excusa para hablar de otra manera de drogas o por dejar de hacerlo, para olvidarse quizás de los tratamientos y humanizar nuestras relaciones con las personas que, como nosotros, consumen drogas y con aquellas que tienen problemas con su uso. En el nuevo milenio que empieza, podemos arrinconar el tema y dejarlo como fósil negativo del pasado, podemos pensar que no era para tanto y que en el futuro será para menos. Pero si no tiene que ser así, si resulta que la vida y el uso de drogas seguirán juntos, nos gustaría sugerir un cierto propósito de enmienda e intentar recuperar el sentido común que las drogas siempre nos han hecho perder.

No se precisa de muchas excusas. En cualquier instante podemos hallar argumentos con creces para hacer patente la irracionalidad en que las drogas siguen colocándonos. Sin ir más lejos, en las últimas semanas podíamos encontrar en la prensa perlas como, por ejemplo, la de aquel adolescente de 16 años (yanqui) que denunciaba y hacía detener a sus padres por consumir marihuana. Pero también datos económicos, como el aumento en espiral de la factura que la salud pública tiene que pagar en psicofármacos, o políticos, como la formación de la enésima brigada militar de elite en Colombia para combatir al narcotráfico. Igualmente, asistimos no ya a la aparición de nuevas drogas o nuevos usos de viejas drogas, sino que se habla de procesos de drogadicción cuando algunos deportistas se reinyectan su propia sangre o utilizan sustancias que no modifican la conducta, pero sí su rendimiento físico. A pesar de que no quisiéramos recuperar la sensatez, quizás la realidad nos obligará a formular como mínimo nuevas preguntas.



Nuevas reflexiones sobre conceptos e ideas que han hecho crisis

Drogas y poder

Después de lo que hemos visto, parece que no tendremos más remedio que seguir hablando de drogas y poder. Hay mucho poder, por lo menos económico, en juego. Pero no solo en el gran mercado de las drogas hoy ilegales, sino especialmente en el de las legales, actuales o futuras. ¿En qué manos económicas está la angustia? ¿Los **prozacs i diacepans** del presente y del futuro tienen que seguir rigiéndose por la pura y dura ley de mercado en régimen de monopolio global? ¿Se puede regular de alguna otra forma el mercado del alcohol? ¿Es mucho dinero, es mucho poder el que está en juego?

Sea para eliminar guerrillas incómodas, sea para conquistar el poder, sea para cohesionar a la sociedad con una propuesta de cruzada moral, las drogas parece que continuarán siendo la tapadera, el subterfugio, la coartada de muchos otros asuntos. Ha sido la excusa de otras perversiones inconfesables que pueden quedar al descubierto si la cuestión de **la droga** desaparece. Además, este asunto ha enmascarado otras muchas dificultades sociales, ha servido para cargar sobre un chivo expiatorio simbólico muchas de las tensiones de nuestras sociedades, de nuestra convivencia. Sin el toxicómano y la droga, ¿a quién echaremos las culpas de todo lo malo que nos ocurre? Ya hemos comprobado los desplazamientos hacia otras personas **diferentes**. Repensar el discurso sobre las drogas nos obliga a construir nuevos discursos sobre **los culpables** de nuestros males sociales.

Drogas y autorregulación del bienestar

El ejemplo del dopaje deportivo nos conduce incluso a tomar en serio la reflexión sobre el propio concepto de droga. Siempre ha habido gente que insistía en que en nuestra sociedad son muchos los **productos** que drogan, pero para no liarla y tener que incluir, por ejemplo, la televisión, siempre nos referíamos a sustancias. Sin embargo, parece que el futuro más inmediato ya no va por aquí y que podremos cambiar a voluntad nuestro estado de ánimo o nuestra conducta por estimulaciones, por ejemplo, virtuales, que no podemos catalogar como sustancias en el sentido químico de la palabra. Lo

mismo ocurre si, aún hablando de sustancias, no se trata de una, ajena al cuerpo, que modifica sus funciones. ¿Qué podemos decir si se trata de nuestra propia sangre o de nuestras hormonas o neurotransmisores?

En estas situaciones, si pretendemos introducir límites, o criterios éticos, o propuestas educativas en una u otra dirección, ¿en qué se basarán nuestros argumentos? ¿En el daño para el individuo que utiliza esas técnicas? ¿En la ventaja que tiene sobre un competidor que no quiere hacer lo mismo? En el primer caso, tendremos que definir a qué daños nos referimos, si realmente se trata de daños y para quien lo son. En el segundo, quizás tendríamos que hablar de reglas de juego y pactos de competencia. En cualquier caso, aparecerá no ya el debate sobre el derecho sobre el propio cuerpo sino el aprendizaje y el dominio personal para gestionar el funcionamiento del propio cuerpo y, por lo mismo, de la propia vivencia de nosotros mismos y mismas como seres vivos cada vez más autorregulables.



En la misma línea, el tema de los usos de drogas nos obliga a seguir pensando sobre el malestar y el bienestar psíquicos, sobre la salud mental. Estaremos ya en el 2000, pero seguimos preguntándonos: ¿por qué a veces nos sentimos mal con nosotros mismos y con los demás? Si introducimos las drogas, las preguntas que siguen a ésta son muchas más. Por lo pronto será necesario que nos preguntemos si siempre tenemos que estar bien, porque automáticamente nos formularemos la siguiente: ¿por qué no consumir sustancias o **productos** para no encontrarnos mal o para evitarlo? Sin invocar la necesidad de sufrir para ir al cielo, será necesario

estructurar de nuevo las argumentaciones (si es que las hay) para seguir sufriendo cuando tenemos al alcance de la mano buenos **remedios**. ¿Será preciso defender que estén en nuestras manos y no en las de un poder médico?

Tal y como comentamos después, una parte importante de los cambios en los usos de drogas tienen que ver con cambios en las pautas de ocio. Así, los interrogantes tendrán que seguir en la línea de la reflexión sobre la gestión del tiempo, sobre el tiempo disponible, el vacío y el libre, y sobre cómo los usos de drogas pueden llenarlo. Una vez más tendremos que volver a preguntarnos sobre cómo construimos las culturas de la diversión, las formas y los estados **divertidos** o cómo aprendemos pautas para gestionar cualquier tipo de consumo en una sociedad del consumo.



De la moral de la seguridad a la ética del riesgo

La posible lista de cuestiones es bastante más larga, pero la dejaremos aquí. Tan solo hablaremos de una más: el futuro de las relaciones educativas con los adolescentes y jóvenes.

Las personas que nos dedicamos a la educación (es parte de la profesión de los autores) sabemos que los usos de drogas suelen ser componentes significativos, por ausencia o presencia, en la vida de las personas jóvenes. Los padres y las madres todavía hoy consideran que uno de los peores males que les puede ocurrir a su descendencia es que se haga drogadicta. ¿Hay que educar sobre las drogas? ¿En qué dirección se hace? ¿Quién dice lo que está bien y lo que es malo?

No trasladaremos ahora y aquí todo aquello que pensamos sobre cómo educar, sobre los usos de drogas, cuando los chicos y chicas empiezan a madurar y a ser autónomos, cuando entran en la adolescencia, en la juventud. Tan solo apuntaremos que en el futuro ya no será posible trabajar a partir de las morales de la seguridad y que será necesario trabajar a partir de las éticas de los riesgos.

Es decir, será, o no será útil, una lista exhaustiva de sustancias y actos etiquetados como malos, negativos, prohibidos. No podremos tener un catecismo de las drogas como referencia. Estaremos obligados a educar para que las personas jóvenes aprendan a regular su conducta de acuerdo con criterios éticos, es decir, con referencia a valores que tengan en cuenta a su persona y a las demás personas. Adquirir una ética de los riesgos querrá decir sopesar los pros y los contras, gestionar las satisfacciones y los dolores, buscar equilibrios entre el ir a tope y el saber esperar, conocer formas saludables y enfermizas de usar drogas, valorar la abstinencia de unos usos o de unas sustancias, saber dar a las drogas su modesto lugar en la vida, etc.

Todo esto de los usos de drogas también, con toda seguridad, seguirá formando parte de las angustias, las tensiones y los conflictos que conforman y conformarán la relación adultos-jóvenes, adultos-adolescentes. Pero, al igual que ahora, no será necesario seguir engañándose: los usos de drogas no son la principal cuestión de la relación difícil y necesaria que tenemos que seguir manteniendo con los ciudadanos y ciudadanas más jóvenes. En cualquier caso, antes, ahora y en el futuro la estimulación y la ayuda educativas solo tienen sentido desde propuestas de autonomía y responsabilidad.

La estimulación y la ayuda educativas solo tienen sentido desde propuestas de autonomía y responsabilidad

Dónde estamos y hacia dónde van los usos de drogas

El adiós de la heroína

La heroína –y las drogas que lleva asociadas– ha quedado ahora como un caso aparte. En los años 80 es la protagonista de la calle, de los centros penitenciarios, de las respuestas de tipo policial y asistencial, y de la elaboración de todo el discurso simbólico que, desde entonces, vendrá asociado a **la droga**.

Ahora, las sobredosis son del alud de información de sus consecuencias nefastas, pero no ya de un exceso de cantidad y/o pureza de la sustancia. Las personas que ahora la utilizan, o bien son ya de edad avanzada y no logran salirse de ella, o bien son de barrios y zonas muy desfavorecidas socialmente que tienen dinámicas subculturales de ghetto. Ya no resulta de fácil acceso, ni se habla de ella. Permanece, esto sí, todo el entramado de la respuesta asistencial con realidades como, por ejemplo, la metadona o el mejor acceso que tiene la población consumidora a material higiénico de venopunción. Y el deseo de que no tardemos a tener programas de mantenimiento con heroína, salas de inyección o jeringuillas en las prisiones.

La excepción se da en algunas personas de **la fiesta** que empiezan a fumar heroína en *chinos* para estar en condiciones de volver a casa. después del *cebollón* de pastillas tipo éxtasis o cocaína, la utilizarán para tener de nuevo un rostro pasable, por lo menos para la familia. Algunas de estas personas se engancharán, pero no responderán al patrón clásico de persona heroinómana.

Los inhalantes –droga muy usada en otros momentos de los 70 y 80– queda también reservada a zonas y grupos muy concretos; ya no se encuentran en la calle. Pero, si siempre había sido catalogada como **la droga de la marginación**, ahora todavía lo es más. Su uso se contextualizará en una realidad multiproblemática (dificultad grave con la escuela, falta de recursos sociales y económicos, etc.), como, por ejemplo, el de algunos jóvenes del Magreb, recién llegados, que viven en la calle y no tienen ninguna posibilidad de enraizar.



El alcohol: igual y distinto

El alcohol y sus usos siguen en la misma tónica. Siendo la droga por excelencia, aún se contemplan los cuatro patrones clásicos de consumo problemático: el bebedor social (hombre adulto de bar), la mujer alcohólica (asociada a estados depresivos y a la falta histórica del reconocimiento del trabajo doméstico), la persona transeúnte (sin techo y asociada a patología mental grave), y el compulsivo de jóvenes en fines de semana (mucha cantidad en muy poco tiempo).

En cualquier caso, la problemática relacionada más importante no es tanto la dependencia o el consumo, sino aquello que se puede hacer bajo sus efectos. El tema de la conducción, accidentes laborales, agresividad doméstica o en entornos de ocio, son suficientemente conocidos. Quizás la novedad la encontramos en la sexualidad. Ésta, ha pasado de ser fuente de placer, a ser fuente potencial de contagio de enfermedades infecciosas –como, por ejemplo, el VIH/sida. Así, preocupa especialmente la asociación entre su uso, las relaciones *aquí te pillo, aquí te mato*, y prácticas sexuales de riesgo.

El alcohol sigue siendo la droga de inicio

De otra parte, sigue siendo la droga de inicio –para las personas que harán la llamada escalada– de la progresiva desconexión de la realidad (o la conexión progresiva a otra cosmovisión (diurna y/o nocturna). Como punto especial de atención, hay algunos jóvenes que hacen usos compulsivos de sustancias como, por ejemplo, la sangría *Don Simón*, creyendo que aquello que beben proviene de la uva.

Chocolates y marías

El cannabis sigue siendo la droga ilegal más consumida, en su preparado de hachís, con una pureza con frecuencia menor a un 10%, por ciento. Sin embargo, la marihuana va al alza, desde la evidencia que es mucho más sana e interesante que aquella. En cualquier caso, parece ser más un lujo de personas que viven en el campo, que tienen una madre ignorante que ayuda al hijo o a la hija a cultivar *aquella planta tan bonita*.

Sigue sin darse casos de sobredosis y no hay muchos casos de dependencia. Pero el cinismo *aznariano*, que se esfuerza en perseguir el uso de esta droga como si se tratara de algo muy peligroso, hace que muchos jóvenes –y sus

familias con el montón de malentendidos que conllevará– tengan que tener el primer contacto con la justicia. A veces, por tenencia en público; otras, de tráfico por llevar una *postura* a colegas.

Las pastillas suben y bajan, pero volvamos a la “naturaleza”

Las pastillas tipo éxtasis han sufrido un cierto bajón. No obstante, y debido a su bajo precio, siguen siendo muy consumidas en ambientes de fiesta por los más jóvenes. Como siempre, hay muchas calidades y precios. En cualquier caso, parece que hay un mayor interés en consumir menos, pero mejor.

Pero el mundo de las drogas de síntesis es el más cambiante con diferencia. Nuevas sustancias como el GhB –mal llamado éxtasis líquido–, el óxido nítrico, utilizado ya por modernistas, o la ketamina se van introduciendo poco a poco. Ésta, ha pasado de *raves* (o *free partys*) selectos o salas perdidas de música *trance*, a ser mucho más accesibles. Ya no se habla tanto de pastillas *espitosas* o *jamarosas*. Esto sí, se siguen buscando las cápsulas y todas aquellas que parece que contengan éxtasis, la sustancia más buscada entre los buscadores.

El *speed* –droga curiosamente asociada a la **kontracultura**– se encuentra muy a la baja. Se tiene ya demasiado claro que es la droga más adulterada; de hecho la mayoría de papelillos o bolsas analizadas de *speed*, directamente no tenían ni un 0.5% de pureza. ¿Qué consume la gente, pues, cuando cree que esnifa metamfetamina?

Los alucinógenos, a excepción de la *keta* que es de ambientes de fiesta, tienen la LSD en la avanzadilla. Su uso sigue siendo popular, pero con muchas menos dosis que otras drogas. Encontraremos más o menos el mismo porcentaje de jóvenes que han consumido LSD y pastillas, pero de éstas han ingerido muchas más. Sigue siendo, quizás por la tradición y tal vez por la peligrosidad que lleva asociada, la droga que mejor mantiene la costumbre de tomarse como conviene –a nivel de contexto, de sentido, de grupo que la utiliza. La mescalina ha quedado en el recuerdo de la canción de *Los Rebeldes* o en lujos de viajeros/as que se van a México.

Pero, y en la línea del norte de Europa en donde no únicamente se valora el **euro** sino el origen natural y no alterado de las drogas, cada vez hay más



personas entendidas en alucinógenos naturales: básicamente hongos y plantas. El primer premio cae en Heuskal Herria con los *monguis* y en Jonatan Ott y compañía que hacen un esfuerzo para informar a potenciales consumidores sobre cómo hacerlo. Allí ya empieza a encontrarse cápsulas con concentrados de hongos.

Prestigio de cocaína en un milenio conformista

La cocaína sigue arrastrando el prestigio de los 80 y la fama de segura y limpia, que no tienen las pastillas. Droga por excelencia de los pueblos que no tienen demasiada oferta cultural, ha experimentado un nivel muy alto en lo que atañe a su consumo. Antes era una droga de *puretes*; ahora está presente en todas partes y las personas más jóvenes también la utilizan. Al igual que la revista *Hola!* transporta a las *marujas* a su mundo ideal, parece que la cocaína hace lo mismo con los jóvenes, creyendo que sus papelillos con un billete de un mínimo de 5.000 ptas. te hace ser más...(¿). Su alto potencial adictivo junto al hecho que cualquier momento y lugar es bueno para consumirla –si ésta es la decisión– hace que posiblemente aumente aún más la problemática asociada.

Hay quien se engancha también a los **esteroides** para llenarse de *musculitos* que, por desgracia, va asociado a una pérdida progresiva de la masa cerebral (por lo menos la necesaria para pensar) y a un uso compulsivo de *danones* y televisión.

A excepción del tabaco –que en general no coloca pero insisten en llamarlo droga– de la heroína, de todas las demás, la mayoría de personas consumidoras de drogas no son adictas, ni su uso distorsiona demasiado la normalidad de su vida. De aquí que cada vez sea más importante hablar de usos de drogas, lo mayoritario, y no tanto de drogodependencias, la minoría.

Finalizará el milenio, y empezará el siguiente– con un ascenso del consumo sintético o químico, con una variedad cada vez mayor de nuevas sustancias. Nos encaminamos hacia un perfil relativamente nuevo de persona consumidora; sabrá mucho acerca de drogas y todavía querrá saber más, mantendrá el trabajo y/o los estudios, le darán risa las campañas **antidrogas** desde una visión crítica y explicará a profesionales del antiguo campo de las drogodependencias qué consume y cómo lo hace. Además, y a excepción del cannabis y drogas naturales, parece que será cada vez menor la histórica

asociación entre usos de drogas y crítica social: neoliberalismo y pensamiento único (mejor dicho, falta colectiva de pensamiento), y *tachum-tachum* musical vacío de ideología.

Una propuesta de objetivos razonables

Como que de alguna manera ya hemos dejado claro que será necesario seguir ocupándose (como de tantas otras cosas de la vida) de los usos de drogas, no tenemos más remedio que acabar este artículo sugiriendo algunos objetivos razonables para esta ocupación.

Discursos coherentes y propuestas realistas

Si la realidad ha ido cambiando, o si hemos sido capaces de ver la realidad de otra forma, lo que sí parece importante es que creemos o consolidemos nuevos discursos sobre las drogas. Estos **discursos**, es decir, estas formas de percibir, comprender y actuar, tienen que ser creados y compartidos por amplios colectivos, tienen que ser discursos vecinales, sociales, para que mayoritariamente se tenga una preocupación razonable sobre el tema.

Todavía está para anular gran parte del discurso criminógeno que nació con la crisis de drogas que con la heroína se creó en nuestra sociedad. El reto es cómo crear una preocupación abierta, mantenida, sobre un elemento entre otros de nuestra compleja realidad social. es de suponer que los responsables sociales y políticos renunciarán ya pronto a alimentar alarmas sociales o a seguir utilizando las drogas como elemento de confrontación electoral (obviamente sí de discusión política serena). pero también será necesario suponer que la pléyade de **profesionales** que se dedican al tema serán capaces de aportar otras reflexiones, de abandonar formas inhabilitadoras de relación con los usuarios.

Haya o no problemáticas de enfermedades añadidas, problemas como, por ejemplo, el sida, cabe suponer que se consolidarán propuestas terapéuticas realistas que parten siempre de reducir, primero, cualquier daño añadido a una forma de utilizar drogas. El consenso sobre la reducción de daños tendrá

El consenso sobre la reducción de daños tendrá que ser la base para cualquier intervención terapéutica



que ser la base para cualquier intervención terapéutica. Antes que nada evitar muertos, daños graves, dificultades previsibles. Tendría que quedar descartada ya la ley del todo o nada (programas libres de drogas o nada) ya que las relaciones de uso pueden ser múltiples y lo que nos interesa es que se mantengan las menos problemáticas. Realismo que no significa, como hemos repetido muchas veces, resignación a una especie de consumo sistemático inevitable. Se trata de positivismo respetuoso que aspira a proponer, a las personas que tienen problemas con los usos de drogas, metas individuales personalizadas lo más posible, sin provocar con nuestra actuación aún más riesgos.

Habrá que asumir que los usos problemáticos de drogas no siempre pueden ser considerados como una enfermedad, ni la persona con dificultades como un paciente. Estamos hablando de otras relaciones de ayuda, de otras influencias que nacen en la proximidad de la relación humana, en los espacios normalizados de ayuda y de atención.

Drogas y sociedad del bienestar

En general, con los usos de drogas, hemos tendido siempre a identificarlos con lo problemático, con el malestar. Pero, como hemos visto, parece que más bien tendríamos que situarlos entre el bienestar. En unos casos porque la regla mágica de la vida es el gozar, no importa como. En otros, porque el malestar de la vida obliga a buscar formas de obtener el bienestar. Imaginaria o real, los usos de drogas parecen situarse entre todo aquello que nuestra sociedad del bienestar considera formas de obtenerlo.

Como hemos dicho tantas veces, las drogas son problema porque pueden producir placer, porque forman parte de la panoplia de **remedios** que los ciudadanos y ciudadanas pueden tener a su alcance para resolver sus dificultades por existir. Además, este acceso ya no es minoritario, no es solo para los poderosos y para los iniciados. Mejor o peor conocidas, están al alcance –por lo menos simbólico, ya que supone dinero– de todos.

Los usos de drogas seguirán conduciéndonos a la búsqueda de formas para encontrarnos bien con nosotros, sin que nos domine la ansiedad, la angustia, el agobio, el vacío... En las formas de vivir con uno mismo, con una misma, tendremos que sopesar las razones para usar o no sustancias, usarlas de una forma u otra. ¿Precisamos de drogas para soportarnos, para aturdirnos, para calmarnos?

Por un lado tendremos que continuar gestionando respuestas, para nosotros y para la gente con la que trabajamos (si nos lo piden) sobre la utilidad o inutilidad de conseguir el bienestar químicamente (o con otros mediadores). Por otro, con las personas que sufren en su vida, tendremos que volver a tener presente que la primera obligación es que la puedan vivir en condiciones razonables. Será necesario recordar su derecho a una vida digna, a un mínimo de satisfacciones vitales. Después, evitaremos introducir moral si también utilizan drogas. Es su opción y no podemos hacer de jueces desde nuestra situación más o menos saludable y satisfactoria. Atención con seguir imponiendo siempre la sobriedad a los pobres.

El gran problema del nuevo milenio seguirá siendo la exclusión

Pero el bienestar también tiene que ver con sentirse bien con los demás, compartir pertenencias y bienestares colectivos, sufrir el malestar de la exclusión. El gran problema del nuevo milenio seguirá siendo la exclusión y los usos de las drogas se seguirán prestando para reforzarla. Si perduran las concepciones criminalizadoras de las drogas, seguirán aportando su buena dosis de estigma y marginación. Si continúan siendo una poderosa economía ilegal, continuarán siendo una fuente económica para la subsistencia de quien ha sido excluido del mercado laboral.

Igualmente tendremos que gestionar de otra forma la agregación y la disidencia, la diversidad y la homogeneidad social. Ser y pertenecer, con formas diversas de entender el mundo, seguirán siendo cuestiones claves de nuestras formas humanas de sociedad. Cuando éstas se complican o cuando no tengan respuestas fáciles es posible que sigan entrando en juego, de manera compleja, los usos de drogas.

Jaume Funes

Psicólogo y periodista. Especialista en adolescencia y dificultades sociales

Carles Sedó

Pedagogo y trabajador social. Responsable de los programas de prevención de drogodependencias en el Ayuntamiento de Santa Coloma de Gramanet (Barcelona)



Bibliografía

Díaz, Aurelio. (1998). *Hoja, pasta, polvo y roca. El consumo de los derivados de la coca.*

Publicacions d' Antropologia Cultural. Universitat Autònoma de Barcelona. Sant Cugat.

Funes, Jaume (1996). *Drogas y Adolescentes.* Editorial Aguilar. Madrid.

Gamella, Juan F.; Álvarez Roldán, Arturo (1997) *Drogas de síntesis en España. Patrones y tendencias de adquisición y consumo.* Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas. Ediciones Doce Calles. Madrid.

Romaní, Oriol (1999). *Las drogas. Sueños y razones.* Editorial Ariel. Barcelona.

Sedó, Carles. (1999). *Treballant com a educadora o educador social.* Col·lecció Animació Sòcio-Cultural. Edicions Pleniluni. Barcelona.

Usos de drogas: Realidades actuales y preocupaciones futuras

Usos de drogas: Realidades actuales y preocupaciones futuras

El artículo describe algunos de los principales cambios que se están produciendo en el panorama de los usos de drogas, especialmente entre la población más joven. Partiendo de las contradicciones y errores que el discurso sobre las drogas ha tenido, de manera dominante, en las décadas pasadas formula la revisión de conceptos y el establecimiento de objetivos realistas y sensatos para las actuaciones en este campo. De manera especial insiste en estimular educativamente una ética del consumo asociada a la gestión de los riesgos, capacitando a las personas para establecer relaciones no destructoras con sustancias o conductas con capacidad de modificar la realidad personal o colectiva, que seguirán presentes en la sociedad. La excusa del cambio del milenio sirve a los autores para sugerir una reorientación en las preocupaciones sociales sobre los usos de drogas.

Drug Use: Current Realities and Future Concerns

The article describes some of the principal changes that the panorama of drug use is undergoing, especially among the younger population. Starting off with the contradictions and errors that the dialogue on drugs has suffered, predominantly in past decades, formulates the revision of concepts and the establishment of realistic and sensible objectives for the behaviour in this field. It insists particularly on educationally stimulating the ethics of consumption associated with risk management, enabling people to establish non-destructive relationships with substances or behaviours that enable the change in personal or collective reality, which will continue in society. The change of the millennium serves as the excuse for the authors' suggesting a reorientation of social concerns on drug use.

Autores: Jaume Funes, Carles Sedó

Artículo: Usos de drogas: Realidades actuales y preocupaciones futuras

Referencia: Educación Social núm. 14 pp. 14-26

Dirección profesional:

Escuela Universitaria de Educación Social – Pere Tarrés (URL)
C/ Carolinas, 10
08012 Barcelona
Tel. 934 152 551